



## El bosque protector

### Restauración de hábitat

Durante cientos de años el hombre ha modificado tan sustancialmente el bosque ibérico, que lo que vemos hoy dista mucho de lo que en su día fue una extensa alfombra de vegetación.

A veces la transformación fue tan radical que sólo quedan algunas encinas centenarias como esta. Otras veces los bosques permanecen, pero muy fragmentados y alterados.

Estas transformaciones de paisaje siempre han sido acompañadas de la correspondiente pérdida de fauna asociada.

En este capítulo mostraremos de qué manera el hombre está intentando recuperar algunos rincones singulares de la geografía española para que puedan albergar de nuevo una fauna, que en muchas ocasiones resulta única.

La Virgen de la Cabeza, dueña y señora de la sierra de Andújar, custodia uno de los parajes más singulares de este trozo de Sierra Morena.

Desde lo alto del Cerro del Cabezo se extiende un laberinto orográfico.

Unas veces, las rocas ígneas del batolito de los Pedroches y otras, las

rocas sedimentarias de los terrenos carboníferos que atraviesan Sierra Morena Central, crean la personalidad de este duro territorio.

La caprichosa topografía es fruto de la tectónica alpina del Terciario, cuando la región se parecía más a una meseta.

Los movimientos de ascensión originaron este relieve, unas veces más abrupto, otras, más dulcificado.

Tras aquella dinámica tectónica, el tiempo se ha encargado de esculpir lo que hoy conocemos como Sierra de Andújar.

Han hecho falta miles de años para que la erosión haya esculpido amplias hondonadas sobre los materiales blandos como las pizarras. Sólo los inmensos berruecos de granito parecen resistirse. Unas veces, redondeados y, otras, fragmentados, forman una maraña de roca y vegetación característica de la zona.

Algunas de estas moles graníticas se erigen en guardianes seculares en la sierra de la Cabrera o en la Foncubierta, otras, por el contrario, se atreven a sumergirse en el río Jándula.

A lo largo de su recorrido, el río se encarga de esculpir el territorio.

Su paso no sólo mitiga la sed de estas tierras sino que alberga una rica y



variada fauna acuática que comparte sus cristalinas aguas con las aves y que pueblan estos parajes.

Fresnos, alisos, chopos y sauces se vuelven cómplices del río. Un paraíso donde flora y fauna conviven en un equilibrio de singular belleza y armonía.

Sin embargo, desde el Neolítico el hombre siempre ha estado aquí.

Lo que hoy contemplamos dista mucho de aquellos bosques primarios cerrados, donde el bosque mediterráneo fundía el estrato arbóreo con el arbustivo.

El adehesamiento del bosque para abastecer una cada vez mayor cabaña cinegética, ha ahuecado el monte transformándolo en dehesas abiertas.

Aquí, los árboles ya no se tocan. La producción de bellota aumenta y de ello se benefician los grandes ungulados.

Ciervos y gamos se han convertido en los protagonistas de la fauna de esta sierra.

En los claros de vegetación de las hondonadas, los grandes machos reivindican al amanecer y en el ocaso que ese trozo de territorio les pertenece.

La berrea marca el comienzo de otra estación.

Estos sonidos profundos y largos son la caricia sonora de ciervos enamorados en solicitud de cópula.

Muchas veces, un agotador torneo de fuerza y seducción decide qué macho es el elegido para perpetuar la especie.

Sólo los más fuertes, los vencedores, serán recompensados con los favores del harén.

El adehesamiento del bosque ha favorecido que estos ungulados progresen de forma estable bajo los correspondientes planes de ordenación cinegética.

Sin embargo, la desaparición del sotobosque ha dado lugar a la pérdida de los consiguientes refugios para los animales presa.

Sólo la intervención del hombre transformando de nuevo el territorio puede restaurar el equilibrio perdido.

En las faldas de la cara sur del santuario se encuentra una de las fincas más singulares de la sierra de Andújar. Se trata de Lugar Nuevo.

Antiguo Coto Nacional de caza, hoy se ha convertido en un Centro para la conservación y protección de la biodiversidad en Sierra Morena.

Aquí, flora y fauna se encuentran sometidas a una intensa y minuciosa vigilancia para su estudio y control.

El humo y el ruido de las motosierras parecen anunciar lo contrario.

Sin embargo, junto a otras muchas fincas del entorno, se está acometiendo





uno de los proyectos más ambiciosos de recuperación del hábitat para la cría y mantenimiento de poblaciones estables de conejo.

Su objetivo no es otro que permitir al mayor de nuestros felinos recuperar el territorio perdido.

En las faldas de la sierra, grandes rodales de pinos piñoneros progresan entre las encinas y los lentiscos en un armonioso colorido de verdes.

Sin embargo, bajo los bosques de piñonero apenas hay refugio para conejos y perdices y casi no prospera el pasto.

Para devolver a la zona la población de conejos que en su día tuvo, se está desarrollando un plan de restauración del hábitat que representa un ejemplo a seguir.

La presencia de una población estable de linces en esta sierra ha motivado el desarrollo de esos trabajos selvícolas.

Esta actuación, no sólo pretende garantizar el número de ejemplares existente, sino que favorecerá la creación de corredores para el establecimiento de nuevos territorios.

Una vez detectado el territorio de paso del lince a través de los cagarruteros o las capturas de fototrampeo, los ingenieros deciden la ubicación de la actuación y los trabajos a desarrollar. En

esta ocasión, la intervención se desarrollará en unas 10 hectáreas de superficie, constituyendo uno de los elementos que se integra en una supraactuación compuesta por más zonas de semejantes características.

Este rodal de piñonero situado a los pies del refugio del lince, servirá para recuperar la población de conejo.

Se marcan los árboles a cortar y se decide el perímetro de vallado. Poco después, comienza el trabajo. Los trabajos selvícolas se realizan fundamentalmente en invierno, cuando las condiciones meteorológicas permiten la quema de los residuos, aunque otras veces son triturados.

El rodal de pinos en poco tiempo pasará de ser un bosque denso a ser un bosque abierto. Esto, permitirá que la luz del sol vuelva a acariciar el suelo y con ello que el pasto pueda prosperar.

A veces, hay que ayudar a su regeneración y una pequeña labor seguida de la siembra correspondiente, favorece el proceso.

No muy lejos de allí, el lince contempla el trasiego de hombres y máquinas sin entender qué está pasando. Sólo la presencia de un conejo activa su instinto y pierde por un momento su atención a la obra.

Utilizando todas sus capacidades de observación y aproximación se acer-



© Pedro Cortijo



ca sigiloso, cuidando dónde pisa para no hacer ruido.

Ha vuelto a cazar de una certera dentellada y se oculta en el monte para comerse a la pieza.

Se marcan los árboles a cortar y se decide el perímetro de vallado. Poco después, comienza el trabajo.

Los trabajos selvícolas se realizan fundamentalmente en invierno, cuando las condiciones meteorológicas permiten la quema de los residuos, aunque otras veces son triturados.

El rodal de pinos en poco tiempo pasará de ser un bosque denso a ser un bosque abierto. Esto, permitirá que la luz del sol vuelva a acariciar el suelo y con ello que el pasto pueda prosperar.

A veces, hay que ayudar a su regeneración y una pequeña labor seguida de la siembra correspondiente, favorece el proceso.

No muy lejos de allí, el lince contempla el trasiego de hombres y máquinas sin entender qué está pasando. Sólo la presencia de un conejo activa su instinto y pierde por un momento su atención a la obra.

Utilizando todas sus capacidades de observación y aproximación se acerca sigiloso, cuidando dónde pisa para no hacer ruido.

Ha vuelto a cazar de una certera dentellada y se oculta en el monte para comerse a la pieza.

Cuando termine, regresará a su atalaya para volver a ver desde su asiento preferente los trabajos.

Días después, hace acto de presencia una retroexcavadora. Probablemente sea la primera vez que nuestro lince ve una, aunque no parece importarle demasiado porque, tras el asombro inicial, descansa plácidamente.

La máquina será la encargada de construir unos majanos donde los conejos puedan refugiarse y criar.

En el interior del majano, unos palets de madera sustituyen las galerías de los refugios naturales.

Una zanja perimétrica de unos cincuenta o sesenta centímetros de profundidad albergará un mallazo que impida a los depredadores, como tejones, jabalíes o zorros, destruir el refugio o capturar a las crías o los adultos.

Una vez ubicado el mallazo, se sitúan las bocas de madera y se entierra todo.

Unos treinta majanos estratégicamente repartidos en las 10 hectáreas, serán los lugares de cría y refugio para el conejo.

Para evitar que otros predadores no tan selectivos con el conejo como el lince mermen la población reintroducida, las diez hectáreas tratadas se vallan con cercados que impidan su paso.

Cada veinte o veinticinco metros, se ubican unas troneras que permanecerán tapadas hasta que la población de conejo sea abundante. Luego, serán abiertas para que la población se extienda.

Pasará muy poco tiempo para que estos montones/majanos artificiales se



© Luis G. Esteban



cubran de hierba y se integren en el paisaje.

La mixomatosis y la hemorragia vírica han diezclado tanto la población de conejo que en muchas zonas es necesario traer los ejemplares de otros puntos.

Se guardan estrictamente los protocolos de procedencia y se suele repoblar con individuos de la zona.

Cuando no es posible, los conejos son dejados en cuarentena para evitar la transmisión de enfermedades a los conejos que queden en la zona.

Sólo un riguroso control sanitario hace viable su reintroducción.

La suelta volverá a llenar de vida esta zona del monte.

A partir de aquí, la naturaleza marca sus ritmos vitales y el ciclo de apareamiento y reproducción comienza.

En el momento en que las poblaciones de conejos se aclimaten y establezcan, pasarán a formar parte natural del ecosistema y, de manera involuntaria, garantizarán la presencia de los depredadores.

Un águila imperial desde uno de sus posaderos juega la baza de su vista para localizar a sus presas.

Una vez localizada, sólo lo intentará cuando tenga alguna garantía.

En esta ocasión el ataque ha sido fallido.

Mientras tanto, nuestro protagonista, vuelve a campear en su territorio.

Parsimonioso y observador, no le pasa nada desapercibido.

Cualquier sonido lo identifica y el más leve movimiento lo capta.

Apoyado en su olfato, vuelve a localizar a otro conejo.

Aunque se refugia en la piedra, no tendrá ninguna probabilidad.

Los conejos se irán extendiendo de forma natural tras las actuaciones y aportarán la comida suficiente para que los depredadores que dependen de él puedan seguir en esta sierra.

Se han necesitado millones de años de evolución para que existieran ecosistemas estables que el hombre ha destruido en unos pocos siglos.

Fruto de esa destrucción, hoy se están intentando recuperar algunos hábitats para que vuelvan a albergar especies que se encuentran al borde de la extinción.

Esperemos que actuaciones como esta sirvan de ejemplo para que podamos seguir disfrutando de nuevas escenas de caza del lince ibérico.



© Luis G. Esteban